
CAPITULO XIV.

Luego que el sol empezó á colar con sus rayos la cima de los árboles, cogí unas naranjas y granadas de las que hallé á mano, con las que me refresqué un poco y recobré algunas fuerzas. En el momento que me levanté para ponerme en marcha, me hizo volver la cabeza un ruido que oí entre las hojas y maleza del bosque, y vi una monstruosa serpiente que se avanzaba con un magestuoso silencio: los pájaros que habian entonado sus cánticos, se callaron y marcha-

(165)

ron, y todos los demas animales se ocultaron entre las hojas de los árboles.

El reptil pasó cerca de mí, y confieso que le vi alejarse con tanto placer, cuanto habia sido el miedo de verle. Procuré salir inmediatamente del bosque; pero para mi seguridad debia atravesarle, y me apresuré á realizarlo. Vi sobre mi camino una multitud de pájaros adornados de los mas brillantes colores, rebaños de monas que se balanceaban sobre las ramas de los árboles, serpientes y otros reptiles dañosos; pero ya ninguna fiera me aterraba, avezado á tratar con el hombre que miro como el mas feroz animal.

Habia ya hecho bastante camino; el sol se hallaba á la mitad de su carrera, y un calor estremo me sofocaba, cuando la voz de un hombre, mas terrible para mí que las serpientes y los tigres, hirió mis oídos: me estremeció la sorpresa, no sabiendo como escapar, y no teniendo armas para defenderme: un momento despues ladró un perro, y oí risas de niños: esta circunstancia me serenó; me adelanté arriesgándome á todo lo que pudiera suceder; pues mui frecuentemente se conserva la vida porque no se teme ya perderla: es una observacion que he tenido ocasion de hacer mas de una vez: el hombre que yo habia oido, era un indio que jugaba con dos

niños; á mi vista los cogió en sus brazos y se marchó con precipitacion. Yo le llamé á grandes gritos, mostrándole mis heridas, á fin de mover su piedad. Un europeo se hubiera estremecido de horror al ver á uno de los verdugos de sus compatriotas: el indio me miró, se aseguró de que yo no tenia armas, y me tendió la mano en señal de amistad.

Hablaba el idioma indio y tenia alguna tintura del árabe, lo que bastó para entendernos: me condujo á una cabaña formada de pelotones de tierra y ramas de árboles. Un boqueron estrecho servia á un tiempo de puerta y de ventana: una estera hacia las veces de cama: el indio era casado,

me presentó á su muger, esta me ofreció leche, melones y nueces de coco: yo acaricié á los dos niños, que eran negros como el ébano, cuya accion encantó de tal manera á los dos esposos, que bien pronto me miraron como un amigo.

«¿Vivis separado de vuestros compatriotas? pregunté al indio. ¿No teneis con ellos ninguna relacion?»

— No, me respondió: yo me limito á ofrecer la hospitalidad al viagero errante, sin preguntarle cuál es su casta. Yo vivo feliz en la sociedad de mi muger: las producciones de la naturaleza son suficientes á nuestra subsistencia, y nuestros votos no pasan de aqui.

— ¿De esa manera vivireis al abrigo de las necesidades facticias que el lujo ha creado?

— Brama nos prohibe atentar á la vida de ningun animal: la tierra produce bastantes vegetales y frutos para el alimento de los hombres.

— ¿No habeis tenido nunca deseos de conocer la navegacion, este arte divino que reune todas las partes del mundo, y las enriquece con sus respectivas producciones?

— ¡Ah! ¡pluguiese al cielo que jamas hubiésemos oido hablar de ese pretendido arte divino, que nos ha traído la muerte y la esclavitud!!! Sinosotros tuviésemos grandes navíos como vosotros, y quiésemos establecernos en vuestro

pais y exigir contribuciones, ¿no os opondriais con razon?

— Sin duda, semejante pretension seria un atentado contra las leyes de la naturaleza, y contra el derecho de propiedad.

— Pues ved ahí lo que vosotros haceis con respecto á nosotros: despreciais los peligros de una larga navegacion para venir á robarnos nuestros bienes, y reducirnos á la condicion de esclavos. Si nuestro oro, nuestros diamantes, nuestros algodones y nuestro marfil provocan vuestro deseo, ¿por qué no los haceis objetos de cambio? nosotros hubiéramos entonces celebrado semejante determinacion.

— Eso no entra en las miras de los europeos que visitan estos cli-

mas: los productos de un comercio libre son mui módicos y mui lentos para hombres que desean enriquecerse en seis meses á cualquier precio y sin reparar en los medios.

— Por librarme de cometer estas infamias vivo lejos de los hombres: nunca me pude resolver á creer que los blancos tuviesen el derecho de oprimirnos: mis compatriotas han sucumbido á ese yugo: nosotros los hemos dejado: mi muger y yo vivimos aquí libres, y hallamos la felicidad en el seno de la naturaleza.»

El modo de pensar de este indio me hizo detestar mas la odiosa política de las naciones: yo había ya tomado mi partido: no que-

ria volver mas á vivir entre nuestros colonos, y creo hubiera acabado por fijarme en el centro de los desiertos de la India, no lejos de aquella familia feliz que me habia tan generosamente acogido, si hubiese podido renunciar al deseo de volver á ver la mia.

Luego que me hallé curado de mis heridas, me despedí de mis favorecedores: me colmaron de bendiciones y derramaron lágrimas al verme partir. Yo no fui menos sensible, y les prometí una memoria eterna.

El que no ha corrido los vastos montes y florestas de la India, no puede imaginar hasta qué grado son de espantosos, á pesar de los hermosos colores de las flores,

la abundancia y fragancia de las frutas: en el día reina allí un calor que sofoca: serpientes ocultas bajo la yerba, ó enroscadas en los troncos de los árboles, hacen oír sus horrorosos silvidos: apenas ha llegado la noche, se inflaman mil meteoros en los aires en medio de la oscuridad, y difunden por todas partes el terror: los bramidos del leon, los gritos del tigre hacen resonar sus ecos, y destrozan ó ahuyentan á todas las demas fieras de los bosques.

Mi único recurso para escapar durante la noche de los reptiles y otros animales peligrosos, era el de subirme en un árbol, donde permanecia hasta la mañana siguiente: en esta posicion tenia

cruelmente que sufrir á las hormigas y una multitud de insectos de diferentes especies, que me acribillaban de picaduras, y me atormentaban á punto de ponerme furioso.

En fin, despues de ocho dias de marcha llegué á la orilla de la mar: creia estar en las inmediaciones de Surate; pero no habiendo ningun medio de asegurarme exactamente de su posicion, me hallé en una cruel incertidumbre sobre el camino que debia seguir; por lo tanto me decidí á dirigirme hácia el norte sin alejarme de las orillas del Océano.

El bosque, que se estendia á lo largo de la costa y me suministraba las frutas de que me alimen-

taba, confinaba con una vasta llanura absolutamente estéril: llegué á ella al cabo de algunos dias, y no atreviéndome á andarla, temeroso de que me faltasen las subsistencias, volví atras mis pasos.

La esperanza de ver llegar algun barco sobre la costa, no me permitia alejarme; pero el equinoccio, que se acercaba, debia producir los huracanes tan frecuentes como terribles en esta parte del Asia: el bosque no me ofrecia sino un abrigo insuficiente: resolví levantar una cabaña: al momento puse manos á la obra, sin otra herramienta que un cuchillo: como nada me distraia de esta ocupacion, la cabaña fue bien pronto construida y defendida por una

empalizada que formé de estacas clavadas en tierra, mui unidas y elevadas, para que ningun animal, por grande que fuese, pudiera franquearla.

Esta precaucion fue tomada bien oportunamente, porque apenas estuvo mi habitacion en estado de recibirme, se levantó un huracan horroroso, tal que jamas vi otro semejante en Europa, y duró tres dias enteros: cualquiera hubiera dicho que los elementos iban á confundirse y entrar en el caos: el viento, el rayo, la lluvia, el granizo, todo parecia concurrir al trastorno de la tierra y de los mares. De cuando en cuando oia á lo lejos los rugidos de las fieras amedrentadas en la espesura del mon-

te: las angustias de una naturaleza viva enmedio de esta escena de desolacion aumentaban el terror de que me veia dominado.

Al cuarto dia, habiendo vuelto el cielo á quedarse sereno, me acerqué á la orilla del mar, y lo que observé á primera vista fue un número considerable de conchas que encerraban hermosas perlas: escogí aquellas que me parecieron mas preciosas, con el fin de que me sirviesen de algun recurso cuando saliese de aquel desierto.

¡Cuál fue mi alegría al dia siguiente al ver un navío cerca de la costa! No tardó mucho tiempo en abordar una chalupa á corta distancia de mi cabaña: juzgué por

(178)

el trage de los hombres que saltaron en tierra que eran holandeses : me apresuré á acercarme á ellos , y hablándoles en frances vi que lo entendian dos : les dije que yo habia naufragado dirigiéndome á Moka, que mi vestido era de un soldado de los que se habian ahogado, y el mar le habia arrojado á la orilla , y que yo habia pasado cerca de tres años en aquella costa.

Consintieron en llevarme en su chalupa, despues de haberme dicho que se habian embarcado en Surate para ir á buscar goma á Moka, y que un temporal furioso los habia echado sobre aquella bahía, que me informaron ser la bahía de Cambaya.

(179)

Luego que cargaron la chalupa de frutas, nos fuimos á bordo : yo referí mi historia al capitan, que consintió en llevarme á Moka : mi designio era el de volver á subir el mar Rojo, atravesar el famoso desierto de la Tebaida, y bajar el Nihilo hasta Alejandria. A mi llegada á Moka me deshice de algunas perlas para comprar un vestido árabe : al mismo tiempo tuve buen cuidado de hacer un presente bastante considerable al Shaik para asegurarme de su proteccion; y como yo tenia el aire de un hombre opulento, no me incomodaron. Despues de esperar algunas semanas, logré la entrada en uno de los buques que hacen el comercio del mar Rojo, gracias á la

recomendacion de un viejo árabe, en cuya casa me hallaba; porque todos los que quieren viajar por estas regiones bárbaras, estan espuestos, en caso de naufragio, á ser robados y degollados, á menos que no esten bajo la proteccion de un hombre del pais.

Fuimos costeando toda la Arabia feliz, y en Gidda, donde nos detuvimos para reponernos de víveres, tomamos á bordo dos mahometanos que volvian de la Meca.

En la noche siguiente se levantó una tempestad de las mas furiosas, que duró hasta ya entrada la mañana: los marineros, en vez de trabajar en la maniobra, imploraron al profeta, que no impidió se hiciese pedazos el buque contra

un enorme bancal, á poca distancia de una costa, que el patron habia asegurado ser la de Suez: todo el mundo se echó á nado; yo hice lo mismo, teniendo cuidado de armarme de un puñal y dos pistolas para defenderme en caso de ataque á mi arribo en tierra.

No tardé en reunirme con mis compañeros de infortunio, que habian escapado del naufragio: mientras se lamentaban de la pérdida de su navío, vimos presentarse un grupo de árabes armados de lanzas: ya no se trató de quejarse: todos se prepararon á rechazar al enemigo, y los mismos hombres que la tempestad tenia abatidos sin espíritu y sin fuerzas, se convirtieron en leones para superar un

peligro mucho mas inminente: tan poderosa es la fuerza de la costumbre: avezados ya á semejantes ataques, estos hombres medio salvajes los miraron sin temor, y se defendieron con un valor indescible.

Los árabes advirtieron que nosotros teníamos mucha presencia de ánimo, y juzgando que tenían poco que esperar del ataque con una gente que acababa de naufragar, se detuvieron á cierta distancia para examinarnos: el hombre sin resolucion se decide casi siempre por el primer partido que se le indica, y cuando no está exasperado por las pasiones se puede confiar en su generosidad: en esta persuasion arrojé yo mis armas

lejos de mí, y avanzándome hácia los árabes, con una mano sobre la frente, y la otra tendida hácia ellos, les grité: «*Salam alicum.*»

El mas anciano de ellos se acercó á mí, y repitió las mismas palabras, lo que significaba que no me miraban como enemigo, y que podia reclamar los derechos de la hospitalidad.

«De esa manera, dije entonces, ¿dispensareis vuestra proteccion á mis compañeros, prometiéndoles que no les sucederá ningun mal en la travesía del desierto?»

— La guerra es nuestro oficio, repuso el viejo árabe: nosotros vamos al bajo Egipto por los desiertos: si quereis acompañarnos, no debeis ignorar que hai muchos

riesgos que correr, y es preciso os resolvais á participar de ellos.»

Ninguno de mis compañeros de infortunio, escepto un solo turco, se pudo negar á seguirlos. Su gefe hizo recoger todo lo que la mar habia arrojado á la orilla del cargamento de nuestro navio: cargaron sus camellos, y se pusieron en camino.

CAPITULO XV.

Yo procuré conciliarme la amistad del gefe de los árabes, á quien me habia asociado: deseaba instruirse, y tenia cierta elevacion de alma que me permitió insinuar-me bien pronto en sus buenas gracias.

No podia volver de mi admiracion al ver con qué valor y constancia estos hombres orgullosos de su independencia soportaban las privaciones y las fatigas, en un pais abrasado por el sol, que á la verdad debia ser mirado como una